

en las cúpulas suspendidas sobre nuestra cabeza. Comparando aquella iglesia con estas catedrales, noté que era más católico de lo que pensaba, y sentí la verdad de aquellas palabras de Castelar: —¡Pues bien: sí, soy racionalista; pero si algún día volviese al seno de una religion, volvería á la espléndida de mis padres, y no á esta religion árida y desnuda, que entristece mis ojos y mi corazón!

De lo alto de la torre se abarca de una ojeada toda la ciudad de Rotterdam con sus tejadillos encarnados y puntiagudos, sus anchurosos canales, sus buques desparramados por entre las casas, y en torno de la ciudad, una infinita llanura verde, recorrida por canales bordeados de árboles, sembrada de molinos de viento y de aldeas escondidas entre montones de verdura, que no enseñan más que la punta de sus campanarios. En aquel momento el cielo estaba sereno, se veían relucir las aguas del Mosa desde las cercanías de Bois-le-Duc casi hasta su desembocadura; se percibían los campanarios de Dordrecht, de Leiden, de Delft, de El Haya y de Gonda; pero no se divisaba en ninguna parte, ni cerca ni lejos, una colina, un accidente del terreno, ni una curva que interrumpiese la rigidísima línea recta del horizonte. Era como un mar verde é inmóvil, sobre el cual parecían los campanarios torres de buques fondeados. Espaciábase la vista casi descansando sobre aquel inmen-

so llano, y yo experimentaba por vez primera el indefinible sentimiento que inspira la campiña holandesa, que no es tristeza, ni placer, ni fastidio, sino una mezcla de las tres cosas, que nos hace estar largo tiempo inmóviles, sin saber lo que se mira ni en qué se piensa.

De pronto me conmovió una extraña música, que al pronto no comprendí de dónde venía. Eran unas campanas que tocaban un aire alegre con notas argentinas, que ora se destacaban tan lentas que parecía que les costaba trabajo separarse las unas de las otras, ora prorrumpían en grupos, en fiorituras extrañas, en trinos y en sonoros arranques; una música extravagante y llena de garabatos que tenía algo de primitivo como la ciudad, sobre la que se desparramaban sus notas á guisa de una bandada de pájaros; y tanto consonaba con el carácter de la ciudad, que parecía su voz natural, un eco de la vida antigua de aquella gente, que hacia pensar en el mar, en la soledad, en las cabañas, y al mismo tiempo que provocaba á risa, tocaba en el corazón. De improviso cesó la música y sonaron las horas. En el mismo punto, otros campanarios lanzaban al aire otras piezas de las cuales apenas llegaban á mi oído las notas más agudas, y concluidas las piezas, daban las horas como el primero. Este concierto aéreo, según luego supe y me explicaron su mecanismo, se repite á todas horas del día y de la noche en todos

los campanarios de Holanda, y son aires de cantos nacionales, de salmos, y de óperas italianas y alemanas. Así, en Holanda, la hora canta como para distraer la mente del triste pensamiento del tiempo que huye, y canta la pátria, la religion y el amor, con una armonía que cubre todos los ruidos de la tierra.

* Ahora, para seguir diciendo por orden lo que ví y lo que hice, tengo que conducir al lector á un café y convidarlo á que me vea almorzar.

Los holandeses comen mucho. El mayor placer que se disfruta entre ellos, dice el cardenal Bentivoglio, es en los convites y en las mesas. Pero no son golosos, son voraces; miran más á la cantidad que á la calidad. Desde tiempos antiguos se bromeaban sus vecinos, no solo por la rudeza de sus costumbres, sino tambien por la sencillez de su alimentacion: les llamaban comedores de leche y de queso. Comen generalmente cinco veces al dia. Al levantarse toman té, café, leche, pan, queso y manteca; poco antes del medio dia, un buen almuerzo; antes de comer toman lo que puede llamarse un tente en pié, que consiste en un vaso de cualquier bebida y algun bizcocho; despues hacen una gran comida; y allá, ya tarde, toman un bocado para no acostarse con el estómago vacío. Comen además reunidos en muchas ocasiones; y no hablo de nacimientos ni de matrimonios, porque es costumbre de todos los países,

sino, por ejemplo, de entierros, en cuyas ocasiones es costumbre que los amigos y conocidos que han acompañado el fúnebre convoy, vuelvan con la familia del difunto á casa, y allí sean invitados á comer y beber, y hagan gran honor á sus huéspedes. La pintura holandesa, aunque no hubiera otro testimonio, está ahí para probar la parte principalísima que tuvo siempre la mesa en la vida de aquel pueblo. Además de los infinitos cuadros de asuntos domésticos, en los que el plato y la botella son los protagonistas, casi todos los grandes cuadros que representan personajes históricos, burgomaestres, guardias cívicos, los muestran sentados á la mesa, en actitud de mascar, de cortar ó de beber. Hasta su héroe, Guillermo el Taciturno, encarnacion de la Nueva Holanda, encarnó tambien este amor nacional á la mesa y tuvo el primer cocinero de su época; un artista tan grande que los príncipes alemanes mandaban á los principiantes á perfeccionarse en su escuela; y Felipe II, en uno de aquellos períodos de aparente reconciliacion con su mortal enemigo, le pidió que se lo cediese.

Pero, como ya he dicho, el carácter distintivo de la cocina holandesa es la abundancia, no el refinamiento. Los franceses, que son buenos catadores, encuentran mucho que decir de ella. Recuerdo de un escritor de ciertas *Memoires sur la Hollande*, que embiste con lírico arranque contra

las comidas de los holandeses diciendo:—¿Qué es eso de comer sopas con cerveza? ¿Y eso de mezclar carne y confites? ¿Y eso de devorar tanta carne sin pan?—Otros escritores de libros sobre Holanda, hablan de sus comidas en aquel país como de desgracias de familia. Supérfluo es decir que todas son exajeraciones. La boca más ultra delicada puede habituarse en poco tiempo á la cocina holandesa. Lo principal de la comida es siempre un plato de carne, con el cual se sirven otros cuatro ó cinco platos más de salados y verduras que cada uno mezcla y combina á su manera con el plato principal. Las carnes son esquisitas, y muy sabrosas las legumbres, que se aderezan de muy diversas maneras, siendo dignas de particular mención las patatas y el arte esquisito de hacer los fritos. No hablo de la caza, del pescado, de los lacticinios y de la manteca, porque ya lo hace la fama, ni del célebre queso, en el que, cuando no se ha hecho más que clavar el cuchillo, se continúa clavando con una especie de creciente furor, dando tajos y estocadas y abandonándose á toda clase de trabajos de corte y de excavacion hasta que queda la corteza vacía y aun revolotea el deseo sobre las ruinas.

Un extranjero que come por primera vez en una fonda holandesa, ve algunas cosas nuevas. Lo primero, platos de magnitud y espesor extraordinarios, proporcionados al apetito nacional; y en

muchos sitios una servilleta de finísimo papel blanco, plegada en tres puntas, rodeada de flores impresas, con un pequeño paisaje en los ángulos, y el nombre del establecimiento ó un *bon appetit* impreso con grandes letras azules. El extranjero, para estar seguro de sí mismo, pide un *roast beef* y le dan media docena de lonchas grandes como hojas de repollo; ó un *beefsteak* y le dan una ración de carne sanguinolenta que bastaría para alimentar á una familia; ó pescado y traen un pez tan grande como la mesa; y con cada una de estas cosas una montañita de patatas cocidas y un tarrito de mostaza nada floja. De pan dan un trocito del tamaño de un duro y delgado como papel; cosa desagradable para nosotros los latinos que devoramos el pan como tragaldabas; así es que en una fonda holandesa nos vemos obligados á pedir pan á cada momento con gran extrañeza de los camareros. Con cualquiera de los tres platos y un vaso de cerveza de Baviera ó de Amsterdam, cualquier buen mozo puede decir que ha comido. De vino, si se ha de guardar la bolsa, no hay que acordarse en Holanda, porque está endemoniadamente caro; pero como allí las bolsas están rellenas, casi todos los holandeses de más de un mediano pasar lo beben, y estoy seguro de que hay pocos países, como Holanda, donde abunden tanto los vinos extranjeros, franceses y del Rhin especialmente.

El que quiere licores despues de comer, se encuentra á su gusto en Holanda. No hay para qué decir que los licores holandeses son famosos en el mundo, y que es famosísimo entre todos el schiedam, extracto de enebro, llamado así por la pequeña ciudad de Schiedam, distante pocas millas de Rotterdam, donde hay más de doscientas fábricas; y para dar una idea de lo mucho que allí se fabrica, baste decir que un año con otro se alimentan con las heces de la materia destilada, treinta mil cabezas de ganado de cerda. Cuando se prueba por primera vez este famoso schiedam, hace jurar y perjurarse que aunque se estuviera allí cien años, no se beberia ni una sola gota; pero el que ha bebido, dice el refran francés, beberá; y se comienza á tomarlo con un terron de azúcar, luego con un poco ménos, y luego sin nada, hasta que *¡horribile dictu!* con pretesto de la humedad y de la niebla, se echa uno al colete un par de copas con la desenvoltura de un marinero. Sigue por órden de nobleza el curaçao, licor delicado, femenino, ménos fuerte que el schiedam, pero bastante más que ese jarope nauseabundo que se vende en otros países con la recomendacion de su nombre. Además del curaçao hay otros muchos licores de todas las gradaciones de fuerza y de sabor, con los cuales un verdadero bebedor puede tomar á su gusto todos los matices de la embriaguez—la alegre, la fuerte, la ruidosa, la triste—y arreglar su cerebro para ver el mun-

do bajo el aspecto que mejor convenga á su humor, como se haria con un instrumento óptico cambiando el color de las lentes.

La primera vez que se come en Holanda, se experimenta una sorpresa curiosa en el momento de pagar la cuenta. Yo habia almorzado con escasez para un batavo, pero con abundancia para un italiano, y con lo que ya sabia de lo caro de todas las cosas en Holanda, esperaba una de esas recetas, para las que, como dice Teófilo Gauthier, la única contestacion razonable es un tiro. Así es que me admiré agradablemente cuando el camarero me dijo que debia *quarante sous*; y como en las grandes ciudades de Holanda corren todas las monedas, puse sobre la mesa cuarenta sueldos en moneda francesa, y esperé para que el amigo rectificase si se habia engañado. Pero el amigo miró aquel dinero sin dar señal de haberse equivocado y dijo con gran formalidad:—Ahora cuarenta sueldos más.—Me incorporé en la silla pidiendo una explicacion, y la explicacion fué muy sencilla. La unidad monetaria en Holanda es el florin, que corresponde á dos liras nuestras y cuatro céntimos; por lo que el céntimo y el sueldo holandeses corresponden á algo más del doble del céntimo y del sueldo nuestros.

Rotterdam, por la noche, presenta un aspecto imprevisto para un extranjero. Al paso que en las demás ciudades septentrionales la vida se con-

centra á cierta hora en las casas, en Rotterdam á esa hora se desparrama por las calles. La Hoog-Straat está llena hasta hora avanzada de espesa multitud; las tiendas están abiertas—porque las criadas hacen la compra de noche—y los cafés están atestados. Los cafés holandeses tienen una forma particular. Son los más de ellos una sala única, larga, dividida por una cortina verde que se baja al anochecer, y oculta como un telon de teatro toda la parte posterior, que es la única iluminada; la parte de delante, separada de la calle por una puerta vidriera, permanece á oscuras; de suerte que desde afuera no se ven más que formas negras y la lumbre de los cigarros, que parecen luciérnagas, y detrás de aquellas formas negras algun vago contorno de mujer á quien no conviene la luz.

Despues de los cafés llaman la atención, lo mismo en Rotterdam que en todas las ciudades de Holanda, las tabaquerías. Puede decirse que hay una á cada paso, y son, sin comparacion, las más hermosas de Europa, sin excluir las grandes tabaquerías de habanos de Madrid. Los cigarros están en cajas de madera, en cada una de las cuales hay un retrato del Rey, de la Reina ó de cualquier ilustre ciudadano de Holanda, y todas estas cajas están amontonadas en altísimos escaparates, en mil formas arquitectónicas, como torres, campanarios, templetos y escaleras de cara-

col, que suben desde el suelo casi hasta el techo. En estas tiendas, resplandecientes de luz, como las de París, hay cigarros de todas las formas y gustos, y el tabaquero cortés os los dá en un cartuchito de papel fino, despues de haber despuntado uno con una maquinita.

Las tiendas holandesas están profusamente iluminadas; y aunque por sí mismas no presenten diferencia alguna de las que hay en otras grandes ciudades de Europa, ofrecen, sin embargo, un aspecto particular de noche por el contraste que resulta entre el piso bajo y la parte superior de las casas. Debajo todos son cristales, luces, colores, esplendor; arriba, fachadas oscuras, con sus puntas, sus escalones, sus curvaturas; la parte superior de la casa es la Vieja Holanda, sencilla, oscura, silenciosa; el piso bajo es la vida nueva, la moda, el lujo, la elegancia. Además de esto, como las tiendas, estando todas las casas muy unidas, ocupan toda la planta baja y están por lo general tan próximas que se tocan unas á otras, sucede de noche, en calles como Hoog-Straat, que no se ve casi nada del primer piso arriba, y los escaparates se confunden todos desde lejos en dos largas hileras flameantes, que flanquean la calle como dos vallas encendidas, y la inundan de luz tanto, que se encontraría una aguja.

Paseando de noche por las calles de Rotterdam, se ve que es una ciudad rebosando vida,

expansiva; una ciudad, podría decirse, adolescente, en el período del desarrollo, la cual, como una persona en un traje, se siente de año en año más estrecha en sus calles y en sus casas. Sus ciento catorce mil habitantes serán acaso doscientos mil en un porvenir no lejano. Las calles secundarias son hormigueros de chicos: hay una plenitud, un rebose, que alegra la vista y el corazón. En las calles de Rotterdam se respira no sé qué aire de fiesta. Aquellas caras blancas y coloradas de las criadas, cuyas cefias blancas se ven apuntar en todas partes; aquellas facciones serenas de negociantes que beben lentamente grandes vasos de cerveza; aquellas aldeanas con sus grandes arracadas de oro; aquella limpieza, aquellas flores en las ventanas, aquella multitud trabajadora y tranquila, dan á Rotterdam un aspecto de salud y de paz que hace asomar á los labios el *te beata* de *I Sepolcri*, no con arranque de entusiasmo, sino con la sonrisa de la simpatía.

Al volver á casa ví á toda una familia francesa, plantada en un corredor, admirando los clavos de una puerta, que parecían otros tantos botones de plata.

A la mañana siguiente, apenas me levanté, me asomé á la ventana, y al ver los tejados de las casas de enfrente reconocí con sorpresa que tenía disculpa Bismark al creer haber visto fantasmas en los tejados de las casas de Rotterdam.

Sobre las chimeneas de todas las casas antiguas se alzan, en efecto, tubos rectos ó curvos, sobrepuestos y atravesados, cruzados y recruzados en figura de brazos abiertos, de horcas, de cuernos descomunales, de figuras imposibles, que hacen pensar que tienen alguna significación, que son como una llamada misteriosa de una casa á otra, y que de noche deben moverse con una mirada.

Bajé á Hoog-Straat, era día festivo, se veían pocas tiendas abiertas; pero aun aquellas pocas, según me dijeron los mismos holandeses, no se veían abiertas hace algunos años: la observancia del precepto religioso, que fué rigurosísima, vá comenzando á relajarse. Noté más bien señal de fiesta en los vestidos de la gente, especialmente de los hombres. Estos, sobre todo los de las clases inferiores (y he observado lo mismo en otras ciudades), tienen manifiesta simpatía por los trajes negros, y los lucen sobre todo los domingos: corbata negra, calzón negro y una especie de balandran negro que casi les llega á la rodilla; traje que, con su andar lento y rostro grave, le dá todo el aire de antiguos alcaldes de pueblo que van á un *Te Deum* oficial.

Pero lo que más me admiró fué el ver á aquella hora á casi todas las personas que encontraba, ricos y pobres, hombres y muchachos, con el cigarro en la boca. Esa malhadada costumbre de *soñar despierto*, como decía Girardin cuando ha-

cia la guerra á los fumadores, ocupa tan gran parte de la vida de los holandeses, que hay que decir algo de ella.

El pueblo holandés es acaso el que más fuma de todos los pueblos del mundo. La humedad del clima lo hace casi necesario, y el precio baratísimo del tabaco lo hace asequible á todos. Para demostrar cuán arraigada está esta costumbre, baste decir que los barqueros del *treschkuit*, que es la diligencia acuática de Holanda, miden las distancias por el humo. De aquí á tal parte, dicen, hay tantas pipadas, no tantas millas. Cuando se entra en una casa, despues de los primeros saludos, el dueño ofrece un cigarro, al salir dá otro, cuando no llena de ellos los bolsillos. Por las calles se ven personas que encienden el cigarro con la colilla aún encendida del que acaban de fumar, sin detenerse, con aire de gente ocupada, para la que es tan perjudicial perder un minuto de tiempo, como una bocanada de humo. Muchísimos se duermen con el cigarro en la boca, encienden otro cuando se despiertan de noche y repiten la operacion por la mañana, antes de echar los piés fuera de la cama. Un holandés, escribia Diderot, es una chimenea viviente; y en efecto, parece que el fumar es para él una funcion necesaria de la vida. Muchos han dicho que todo este humo les nubla la inteligencia. Y sin embargo, si hay un pueblo que tenga inteligencia clara y precisa en el más

alto grado, es el pueblo holandés. Por otra parte, en Holanda, el cigarro no es disculpa para el ócio, no se fuma para *soñar despierto*; cada uno hace sus cosas lanzando por la boca blancas nubes, con regularidad, como el tubo de un horno, y el cigarro, en vez de ser una distraccion, es un estímulo para el trabajo. El humo, me dijo un holandés, es nuestro segundo aliento; y otro me definió así el cigarro: el sexto dedo de la mano.

A propósito del tabaco, quisiera contar la vida y la muerte de un famoso fumador holandés; pero temo que se encojan de hombros mis amigos holandeses, que me contaron la vida y la muerte, lamentándose de que los extranjeros que escriben de Holanda, dejen á un lado cosas importantes que honran al país para ocuparse de nonadas de tal especie.

Pero tal es, tan nueva me parece esta nonada, que no puedo dejarla en el tintero.

Erase una vez un rico señor de los alrededores de Rotterdam, que se llamaba Van Klaës, por sobrenombre papá gran pipa, porque era viejo, grueso y gran fumador. Cuenta la tradicion que habia hecho su fortuna, como honrado negociante, en las Indias y que era un hombre de morigeradas costumbres y buen corazon. De vuelta de las Indias, mandó construir un hermosísimo palacio cerca de Rotterdam, y en aquel palacio habia reunido y dispuesto en forma de museo todos los

modelos de pipas que vieron la luz del sol en todos los países y en todos los tiempos, desde las que servían á los antiguos bárbaros para fumar el cáñamo, á las espléndidas pipas de espuma y ámbar, con anillas de oro y recargadas de figurillas que se admiran en las más hermosas tiendas de París. El museo estaba abierto para los extranjeros, y el Sr. Van Klaës, despues de haber desahogado su vasta erudicion fumatoria, llenaba los bolsillos de cigarros y de tabaco y regalaba un catálogo del museo, con cubierta de terciopelo, á cada uno que lo visitaba.

El Sr. Van Klaës fumaba ciento cincuenta gramos de tabaco al dia, y murió á la edad de noventa y ocho años; así es, que echando la cuenta, suponiendo que hubiera comenzado á fumar á los diez y ocho años, resulta que durante su vida fumó cuatro mil trescientos ochenta y tres kilogramos; con cuya cantidad de tabaco se hace una cinta negra de veinte leguas francesas de largo. Con todo, el Sr. Van Klaës demostró ser más fumador de muerto que de vivo. La tradicion ha conservado todos los particulares de su fin. Faltábanle pocos dias para cumplir noventa y nueve años, cuando comprendió que aquel año era el último. Mandó llamar á su notario, que era tambien un notable fumador y le dijo: «Notario mio, cargue su pipa y la mía; conozco que me muero.» El notario cargó las pipas, las encendieron, y el

Sr. Van Klaës dictó su testamento, que se hizo luego célebre en toda Holanda.

Despues que hubo dispuesto de una gran parte de su caudal en favor de parientes, amigos y hospicios, dictó los artículos siguientes:

Quiero que todos los fumadores del país sean invitados á mis funerales por todos los medios posibles, como periódicos, cartas particulares, circulares y anuncios. Todo fumador que acuda á la invitacion, recibirá de regalo diez libras de tabaco y dos pipas, en las que irán grabados mi nombre, mis armas y la fecha de mi muerte. Los pobres del distrito que acompañen mi cadáver, recibirán todos los años, en el aniversario de mi muerte, un gran paquete de tabaco. A todos los que concurren á mi funeral, les impongo la condicion, si quieren participar de los beneficios de mi testamento, de que fumen sin interrupcion durante toda la ceremonia. Mi cuerpo será encerrado en una caja revestida interiormente de madera de mis viejas cajas de tabacos habanos. En el fondo de la caja, se depositará una caja del tabaco francés llamado *caporal*, y un paquete de nuestro viejo tabaco holandés. Será colocada á mi lado mi pipa predilecta y una caja de fósforos.... porque no se sabe lo que podrá suceder. Cuando esté el féretro en el cementerio, todas las personas de la comitiva, antes de marcharse, desfilarán por delante de él y echarán encima la ceniza de sus pipas.

Las últimas disposiciones del Sr. Van Klæ's fueron rigurosamente cumplidas; los funerales fueron brillantes y velados por una espesa nube de humo; la cocinera del difunto, llamada Gertrudis, á la que en un codicilo habia dejado un buen puñado, con la condicion de que venciese su obstinada aversion al tabaco, acompañó la procesion con un cigarro de papel en la boca; los pobres bendijeron la memoria del benéfico señor, y en todo el país resonaron sus alabanzas, como aún hoy resuena su fama.

Al pasar á lo largo de un canal, ví con nuevos efectos, uno de los rápidos cambios de tiempo que ya habia visto el dia anterior. El sol desaparece de pronto, se nubla aquella infinita variedad de alegres colores y comienza á soplar un vientecillo de otoño. A la alegre tranquilidad de poco antes, sustituye por todas partes y en todas las cosas, una especie de pavorosa agitacion. Crujen las ramas de los árboles, ondean las banderas de los buques, cabecean los botes amarrados á las estacas, se agitan las aguas, los mil objetos colgados en las casas se balancean, las aspas de los molinos giran con más rapidez; parece que lo recorre todo un estremecimiento de invierno y que la ciudad se arremolina como si hubiera oido una amenaza misteriosa. A los pocos minutos reapareció el sol, y con el sol los colores, la tranquilidad, la alegría. Este espectáculo me hizo pensar

que no se puede decir con verdad que Holanda es un país triste, como muchos creen, sino tristísimo y muy alegre á ratos, segun el tiempo. Es en todo el país de los contrastes. Bajo un caprichosísimo cielo está el pueblo ménos caprichoso de la tierra; y este pueblo sério y ordenado tiene la más descompuesta arquitectura que puede ver hombre nacido.

Antes de entrar en el Museo de Rotterdam, me parecen oportunas algunas observaciones sobre la pintura holandesa, no para *los que saben*, sino para los que han olvidado.

La pintura holandesa tiene—para nosotros los italianos—una cualidad que la hace particularmente atractativa: es de todas las del mundo la más diferente de la nuestra, la antítesis; ó por decirlo con una de aquellas frases que hacian incomodar á Leopardi, el polo opuesto del arte. La nuestra y la holandesa son las dos escuelas más originales, ó como otros dicen, las dos únicas á que conviene en rigor semejante título; no siendo las demás sino hijas ó hermanas que les dan más ó ménos aires. Así es que, por lo que toca á la pintura, Holanda ofrece lo que con más afan se busca en los viajes y en los libros de viajes: la novedad.

La pintura holandesa nació con la independencia y la libertad de Holanda. Mientras las provincias del Norte y las del Sur de los Países-Bajos estuvieron unidas en la monarquía es-

pañola y en la fé católica, tuvieron una escuela única de pintura. Los pintores holandeses pintaban como los pintores belgas; estudiaban en Bélgica, en Alemania, en Italia; Hemskerk imitaba á Miguel Angel; Bloemaert al Correggio, y Moro al Ticiano, por no citar otros muchos; y eran imitadores pedantes que unian á la exajeracion del estilo italiano cierta rudeza tudesca, de lo que resultaba una pintura bastarda, inferior todavia á la primitiva, casi infantil, rígida en el dibujo, dura en el color y enteramente desprovista de claro-oscuro, pero ajena, por lo ménos, á la imitacion, que habia sido como un prelude lejano del verdadero arte holandés.

Con la guerra de la Independencia, la libertad y la reforma, hasta la pintura se renueva; cae, con la tradicion religiosa, la tradicion artística; el desnudo, las ninfas, las vírgenes, los santos, la alegoría, la mitología, lo ideal, todo el viejo edificio se derrumba. Holanda, animada de nueva vida, necesita manifestarla y difundirla de un modo tambien nuevo; este pequeño país, hecho de pronto tan glorioso y formidable, siente deseos de ilustrarse; las facultades vigorizadas y excitadas en la gran empresa de crear una pátria, un mundo real, se transforman, cumplida la empresa, y crean un mundo imaginario; las condiciones del país son favorables á la resurreccion del arte; los peligros supremos están conjurados; hay seguri-

dad, tranquilidad y un brillante porvenir; los héroes han cumplido con su deber, pueden pasar adelante los artistas; Holanda, tras sacrificios y desgracias tantas, habiendo salido vencedora en la lucha, alza la cabeza en medio de los pueblos, y sonrie; aquella sonrisa es el arte.

Cuál debia ser aquel arte, bien podria adivinarse aunque no hubiera quedado ningun monumento. Un pueblo pacífico, trabajador, práctico, traído continuamente—como dice un gran poeta alemán—á la prosáica realidad por las ocupaciones de una vida vulgar; que cultiva su razon á expensas de su imaginacion; que vive, por consiguiente, más de ideas claras que de bellas imágenes; que huye de las abstracciones; que no se lanza con el pensamiento más allá de la Naturaleza, con la que está en perpétua lucha; que no ve sino lo que existe; que no goza más que de lo que posee; que cifra su felicidad en la quietud cómoda y honestamente sensual de una vida sin pasiones violentas y sin deseos vehementes, este pueblo debia tambien sentir tranquilamente el arte; amar un arte que crease sin conmover, que hablase más á los sentidos que al espíritu; un arte tranquilo, preciso, esquisitamente material como su vida; el arte, en una palabra, realista, en el que pudiera mirarse y verse, tal como era, y estaba contento de ser.

Los artistas comenzaron por pintar lo que te-